

Jenny Go

VIAJE A LA ASOCIACION

Resumen: En este discurso a la consulta de Roma, la autora explica cómo ella y los colaboradores jesuitas presentaron la pedagogía ignaciana en escuelas de la Asistencia. Organizó numerosos programas internacionales y estableció dos grupos internacionales para “ignaciar” las escuelas jesuitas en el futuro. Estas son sus conclusiones de esos largos años de experiencia.



Me siento feliz, pero, al mismo tiempo, indigna de esta invitación a compartir con vosotros nuestro trabajo atinente a la asociación y a la “ignaciación” de nuestras escuelas de la Asistencia del este de Asia y de Oceanía. Estoy contenta con los recuerdos y los sueños de este viaje a la formación espiritual del

profesorado. Tengo una deuda de amor y gratitud con Dios, que puso a los jesuitas, con los fieles laicos, que estuvieron junto a mí, y con los jesuitas y los fieles laicos, cuya fuerza espiritual y cuyo sentido de dedicación han ayudado a realizar nuestras escuelas jesuitas ignacianas.

La historia de la formación espiritual del profesorado comprende la creación de relaciones: relación con Dios, relación con los jesuitas y relación entre los laicos. En este momento las cuestiones relativas a la colaboración y a la asociación sobre las cuales querría reflexionar son: “qué hemos

hecho”, “qué estamos haciendo” y “qué debemos hacer” por lo que atiene a la asociación en las escuelas. Por último, “qué debemos aprender de esas experiencias”?

¿Qué hemos hecho?

Permitidme comenzar compartiendo mi propia experiencia de asociación en una escuela particular. Después de finalizar el master en educación en la Universidad Fordham de Nueva York, volví a Filipinas. Presenté mi solicitud para enseñar en la escuela Javier, que fue aceptada. Como maestra, no tenía otra actividad de formación espiritual que la de un retiro de tres días una vez al año. Manteníamos con los jesuitas una relación de empleados-empleadores. Tras unos años como maestra, fui designada jefa de personal de un departamento, luego subdirectora y, algunos años más tarde, directora de escuelas primarias y secundarias. Cuando formé parte de la dirección, el director de la escuela, padre Ismael Zuloaga, compartió conmigo una serie de documentos y material correspondientes a la misión educativa de los jesuitas. Durante ese período aumentó mi colaboración y mi compromiso en el proceso de toma de decisiones. Pero la formación espiritual de los maestros seguía siendo como antes, un retiro de tres días una vez al año.

*un cambio significativo,
pero difícil de aceptar
tanto para los jesuitas
como para los fieles
laicos*

En 1972 una mujer laica reemplazó a un jesuita en la dirección. Se trató de un cambio significativo, pero difícil de aceptar tanto para los jesuitas como

VIAJE A LA ASOCIACION

para los fieles laicos, porque precisamente en 1972 acababa de promulgarse GC 31; ninguna norma o protocolo explicaba con claridad el papel del laicado en los puestos de administración y dirección en el apostolado de educación. En 1972 no existía GC 34 para guiarnos en la cooperación con los laicos en el apostolado de la Sociedad. Aceptar que un laico pasara a ser colaborador era más comprensible para los jesuitas en el plano cognoscitivo que en el de los afectos y el comportamiento. Para ellos era algo así como entregar el depósito de la compañía a un extraño, permitirle tomar posición en la corporación familiar que por derecho pertenecía a su hijo. Los colaboradores laicos, los padres y los alumnos se hacían la siguiente pregunta: “¿Puede un laico ser tan capaz, bueno y conocedor como un jesuita?”. Dijeron: “Dadnos un jesuita. No nos importa si es ciego o sordo o tiene otras discapacidades físicas”. Algunos profesados jesuitas y laicos aceptaron el cambio, mientras que otras ni siquiera se preocuparon. Los que se resintieron por el cambio, subestimaron y socavaron las decisiones que habíamos tomado.

Compartir la espiritualidad, la responsabilidad y el poder con una mujer laica significó para los jesuitas una serie de “cambios de marcha”, desde la aceptación de la presencia de una mujer en todos los encuentros de los jesuitas hasta la aceptación de la autoridad de la misma en cualquier tipo de trabajo con ellos. A raíz de estas novedades, se transformaron los papeles para los jesuitas y para los fieles laicos en todas las instituciones jesuitas.

Con la llegada del cambio, surgieron corrientes negativas concomitantes en la escuela: 1) la gente se resistió a aceptar el papel de la nueva dirección desempeñada por laicos; 2) el profesorado se opuso al cambio en su estilo de enseñar y aprender, lo mismo que los colaboradores en su relación recíproca, no como empleados; y 3) el profesorado no cristiano y no eclesiástico y el personal no académico se resintieron, y solicitaron unirse a un especial grupo de crecimiento espiritual. Vosotros podéis visualizar el arduo camino que habíamos emprendido. Mientras analizamos esta situación, el equipo directivo eligió al padre Zuloaga como director y al padre Caycedo como tesorero, y yo, como directora, supe que la clave –la pieza más importante que faltaba para ayudarnos a crear un sentido de comunión y una transición armoniosa– era la pérdida de comprensión por parte del profesorado:

¿Qué constituye la educación jesuita? ¿En qué consiste nuestra misión en la educación jesuita? ¿Cuál es la responsabilidad del profesorado, tanto jesuita como laico, en la misión?

Como sabemos, en los últimos años de la década del sesenta y en los primeros de la del setenta, la cultura y el contexto de las escuelas jesuitas pusieron mucho énfasis en la calidad académica de las escuelas, razón por la que en la escuela Javier se llevaron a cabo numerosos programas de formación académica profesional. Por otra parte, la calidad humana y la formación espiritual de los maestros, que son modelos y formadores del crecimiento espiritual de los estudiantes, iban quedándose rezagadas. El equipo directivo sentía la necesidad de enriquecer nuestras estructuras con las importantes piezas que faltaban, y que eran programas destinados a la formación y al crecimiento espirituales de los maestros. Soñamos con fortalecer el objetivo de la calidad humana en nuestra escuela y con crear una cultura escolar de colaboración, necesaria para una auténtica escuela jesuita.

Consideramos la cosa en grande, y empezamos con una *maniobra*. Todos los miembros del profesorado fueron invitados a participar en un *Coloquio sobre el ministerio de enseñar*, que también llamamos *Coloquio sobre el servicio de enseñar*, de manera que los maestros no cristianos consideraran la enseñanza como un servicio y los maestros cristianos como una vocación. El subsidio norteamericano ha participado generosamente con nosotros en el Coloquio sobre el ministerio de enseñar. El señor Jerry Starratt, el padre Vincent Duminuco y el señor Bernie Bonillette viajaron a Filipinas para formarnos. Animados por el deseo de proseguir el momento iniciado con el Coloquio, comenzamos con un programa de crecimiento espiritual que se desarrollaba todos los viernes por la tarde, durante el horario escolar, y en el que todos los miembros del profesorado y el personal no académico estaban obligados a participar. Tanto para los maestros católicos como para los demás maestros cristianos, las reuniones consistían en compartir la fe, la moral y la ética como preparación especial para las fiestas litúrgicas de Pascua y Navidad. El programa preveía que todos tuvieran un día de reflexión al mes y tres días de retiro al año. En cuanto a los maestros que carecían de una tradición de fe, el programa de crecimiento espiritual se basaba en reuniones de formación en los valores evangélicos. La vida de san Ignacio,

VIAJE A LA ASOCIACION

la misión apostólica de la educación jesuita, la historia, la tradición y el método ignaciano de acción, etc., también fueron compartidos por todos los maestros. Para los presidentes de departamento, además de todas las actividades de crecimiento espiritual, añadimos el asesoramiento de un equipo de administración, que se reunía dos veces por año, el sábado, con la finalidad de discernir, rezar, planificar y compartir los documentos de la congregación general sobre educación, colaboración, justicia y opción preferencial por los pobres, etc. De un modo u otro, el retiro de ocho días nunca se introdujo entre los fieles laicos en las décadas del sesenta y del setenta. Los retiros de ocho días fueron concebidos como una actividad reservada a los religiosos. La semilla de esta experiencia en la escuela Javier se sembró y floreció como una actividad de formación espiritual en el programa de renovación de las escuelas asistidas del este de Asia.

*nuestro sueño es que
todo laico tenga la
oportunidad de hacer los
ejercicios espirituales de
ocho días o los Ejercicios
en la vida ordinaria*

¿Qué estamos haciendo?

En 1983, al cabo de 23 años en la escuela Javier, me llamó el padre Daven Day, que por aquel entonces era secretario para la educación en el este de Asia y para la asistencia en Oceanía y asistía al provincial de Australia, a fin de trabajar como vicesecretaria de la asistencia para la educación. Se trataba de otro paso hacia un compromiso más importante como colaboradora. Al asumir la asistencia ignaciana a la cultura en nuestras escuelas jesuitas el padre Day y yo sentimos la necesidad de comenzar a introducir el Coloquio sobre el ministerio de enseñanza en el mayor número posible de escuelas asistidas. La estrategia que adoptamos consistió en formar a un grupo de personas para realizar el Coloquio sobre el servicio de enseñanza; juntamente con los jesuitas y los fieles laicos procuramos que diferentes escuelas participaran en el Coloquio. El Coloquio se convirtió en el punto de partida para las actividades de formación espiritual en muchas escuelas.

Durante el período de trabajo con el padre Day, aparte de los retiros

de tres días, ofrecimos Ejercicios Espirituales dirigidos de ocho días para cincuenta directores, predicados por el padre Howard Gray, a los que también asistieron otras ocho personas, entre jesuitas y religiosas. También nos ocupamos de la formación de dos grupos: el Programa para administradores de escuela secundaria (PAES) y los Amigos de Iñigo. Los grupos existen aún hoy. El PAES está compuesto por directores de escuela secundaria; Amigos de Iñigo también está formado por directores, pero directores que tienen gran influencia moral en sus países. Todos ellos fueron invitados luego a unirse a Amigos internacionales de Iñigo y a dedicarse a fortalecer su propia formación espiritual y la de los colaboradores. Declararon su compromiso con una promesa: Eucaristía diaria, examen de conciencia diario, media hora de meditación diaria, retiro anual y obras de misericordia o de justicia. Los miembros de Amigos de Iñigo han de sostenerse unos a otros en el cumplimiento de su misión.

El PAES fue nuestra estrategia para asegurar la formación ignaciana permanente de los directores actuales. Como “guardianes” de sus escuelas, deberían ser responsables de supervisar que los nuevos programas y las iniciativas se arraiguen en sus escuelas. Amigos de Iñigo fue nuestra estrategia para garantizar una formación espiritual más profunda de los directores que, esperamos, se unan más estrechamente a la Compañía. El énfasis de Amigos de Iñigo está puesto en los ejercicios espirituales, en la oración y en el servicio. Hemos seguido ofreciendo los Ejercicios Espirituales a los miembros del PAES a lo largo de estos años.

Aún estamos tratando de realizar nuestro sueño de que todo laico tenga la oportunidad de hacer los ejercicios espirituales de ocho días o los Ejercicios en la vida ordinaria. Algunos países han hecho más, y otros menos. En vez de un grupo internacional de Amigos de Iñigo, hemos dado vida a grupos nacionales con el mismo espíritu, pero con diferentes nombres, como, por ejemplo, los “Amigos del Señor” en Filipinas. Estos grupos no sólo acogen a los directores, sino también a los maestros y a los presidentes de departamento. Después del último taller del PAES para ochenta participantes, cincuenta y siete de ellos expresaron el deseo de realizar los ejercicios espirituales de ocho días, programados del 1 al 10 de agosto de este año. Los Amigos de Iñigo no han tenido mucho éxito, porque en lugares como Japón, Hong Kong, Taiwan, Indonesia y Macao, el número de maestros sin tradición de fe es de casi el 98 por ciento. Y en

VIAJE A LA ASOCIACION

los restantes países el número de maestros no eclesiásticos también es muy alto. En las situaciones que acabo de mencionar, existe la necesidad de dar el primer paso, introduciendo a Cristo entre los maestros no cristianos y no eclesiásticos, para establecer la identidad cultural católica de manera más general y fundamental. Hemos encontrado dificultad para solicitar a los maestros sin tradición de fe la aplicación de la *pedagogía ignaciana* o, como solemos llamarla, la *pedagogía reflexiva*, puesto que la pedagogía se basa en los *Ejercicios Espirituales*. Aunque los maestros que no tienen ninguna noción de la dinámica de los Ejercicios Espirituales aplican la pedagogía ignaciana, lo hacen sin convicción alguna.

¿Por qué los Amigos de Iñigo no tuvieron éxito como grupo internacional? Estas son las razones básicas: 1) cuando nos reuníamos para nuestros retiros, había una enorme barrera de lenguaje; 2) para reunirnos, necesitábamos un apoyo financiero que resultaba difícil procurarnos; 3) nuestro primer moderador, el padre Daven Day, fue cooptado como provincial en Australia; 4) nuestro segundo moderador, el padre Alfred Deignan, también fue cooptado como superior regional de Hong Kong y Macao; 5) los delegados de la provincia o los secretarios nacionales para la educación sintieron que había llegado la hora de que cada país realizara su propio proyecto, puesto que puede ser más eficaz y realizable económicamente en la escuela o a nivel nacional; y 6) fuimos muy selectivos en cuanto a lo que queríamos conseguir como Amigos de Iñigo.

P ermitidme mencionar algunas iniciativas específicas:

□ En Australia se estableció el instituto Loyola con programas destinados a la formación ignaciana de maestros, administradores más antiguos y de nivel medio, líderes escolares y miembros de consejos y juntas de escuela.

□ De igual modo, el Instituto Loyola de Filipinas dispone de programas para la formación ignaciana de maestros y para la formación de fieles laicos como directores de los *Ejercicios Espirituales*. Además, la espiritualidad ignaciana está presente en los talleres de educación, dirigidos por el padre Howard Gray, con vistas a la educación básica de administradores y maestros. Estos talleres están coordinados por la oficina de misión e identidad.

□ En Japón se realizan dos seminarios anuales reservados a la gerencia intermedia y a los nuevos maestros. El primero se dedica al tema *Perfil de*

un graduado en la graduación, y el segundo a la *Figura de Cristo en el Evangelio*. Se imparten a la mayoría no cristiana del personal, siguiendo nuestro propio “modus Parisiensis”, una secuencia ordenada de presentar antes que nada y exhaustivamente a Cristo como una prioridad.

□ En Indonesia se han realizado programas nacionales de dirección ignaciana de ocho días.

□ En la región de Micronesia los directores laicos y los otros administradores más antiguos de las dos escuelas secundarias de los jesuitas han participado en el programa internacional de dirección en la educación jesuita, organizado por la oficina de educación asistida. La formación se lleva a cabo a nivel escolar para el personal administrativo y docente, comenzando con la orientación escolar y las actividades formativas, tales como retiros para el profesorado y momentos de oración.

□ En la región de Hong Kong y Macao se dedican algunos días al año a la formación del personal, con un programa para “ignaciarlo” y hacerlo más consciente de nuestros valores cristianos. Algunos miembros del personal, acompañados por el director, participan en las conferencias educativas de los jesuitas.

¿Qué hemos aprendido de estas experiencias?

1. Tener dos grupos que se asocian constituye un largo proceso. El proceso no se efectúa de un día para otro. Unido a la formación espiritual, el proceso puede comenzar con la formación de un pequeño grupo de maestros católicos comprometidos en la misión de la escuela. Inicia con el conocimiento recíproco como personas que trabajan y rezan juntas para asumir responsabilidades, por ejemplo, el cumplimiento de la misión en la escuela.

2. Hacer de la asociación un objetivo alcanzable significa mostrar determinación y desplegar esfuerzos conscientes para lograrlo, tanto de una parte como de la otra.

VIAJE A LA ASOCIACION

3. Compartir la espiritualidad es la clave de la asociación. Para los maestros que no tienen tradición de fe, esto significa compartir nuestros valores cristianos sin etiquetarlos necesariamente como valores *cristianos*. Sin esta base, la asociación carece de significado, y la construcción de una comunidad escolar, comunidad con y para otros, es irrealizable. A menos que se comprometan en la misión, los fieles laicos considerarán la asociación sólo como “la entrega del poder”, y puede convertirse en “la escalada a la cima del poder”.

4. Para los maestros católicos y para los otros cristianos hay un período de preparación antes de realizar los Ejercicios Espirituales. Noto la necesidad de un animador espiritual laico o jesuita en cada escuela o grupo de escuelas.

5. Las relaciones se construyen. Incluso nuestra relación con nuestro cónyuge se construye con la debida atención, lo mismo que nuestro amor por él o por ella crece más profundamente con el pasar de los años. Otro tanto sucede con nuestros amigos. La asociación no significa estar exento de tensiones o conflictos. Somos hombres y mujeres con personalidades diferentes, pero si comenzamos con la firme decisión de superar estas diferencias gracias a nuestra unión con Cristo, recorreremos con más facilidad el camino hacia la asociación. Recuerdo que las uniones perfectas se predisponen en el cielo.

una fusión de nuestros dones y riquezas, pero no de nuestras identidades. La asociación consiste también en nuestra tarea, a lo largo de toda la vida, de formación espiritual mutua

6. Necesitamos vencer los temores de algunos jesuitas con respecto a “traicionar el depósito de la compañía”. Me viene a la memoria esta metáfora: los laicos no están para “comprar una parte del depósito”. No se trata de una toma del poder corporativo. Es, más bien, una fusión de nuestros dones y riquezas, pero no de nuestras identidades. Son, en verdad, dos *colaboradores*, que conservan su identidad y trabajan juntos para cumplir la voluntad de Dios y para su mayor gloria y honor.

7. Los jesuitas tienen, entre otras virtudes, la habilidad de trabajar con gran motivación, gran fervor y grandes esfuerzos, pero muy a menudo lo

hacen solos. En un mundo globalizado y digitalizado, los jesuitas quizá tengan que trabajar más entre sí como equipo, usando todos sus recursos internacionales con vistas a la asociación. La costumbre de trabajar en equipo puede revitalizarse durante el tiempo de formación en el noviciado, en el escolasticado y en la regencia.

8. Es necesario educar a los laicos en el sentido de la responsabilidad. Esta responsabilidad debe extenderse a la obra de formación de la próxima generación de líderes laicos ignacianos.

9. Nuestra responsabilidad más seria consiste en buscar los medios para incorporar nuestro profesorado culturalmente diferente en nuestra cultura ignaciana centrada en Cristo, siendo sensibles a sus necesidades y a las posibilidades y al valor de su contribución. Usando la dinámica de los *Ejercicios Espirituales*, tal vez podamos ayudar a nuestros hermanos y hermanas musulmanes, hindúes, budistas, taoístas y confucianos a comprender su propia realidad y las inspiraciones del Espíritu en ellos.

Los laicos miramos con optimismo al futuro, porque la invitación a asociarnos con los jesuitas, aunque no sea una tarea fácil ni para ellos ni para nosotros, representa un cambio mejor. Para todos nosotros significa el *magis* y la *cura personalis*. La asociación no tiene que realizarse necesariamente a través de asociaciones, sino más bien a través de la participación en la misión apostólica a cuyo servicio estamos llamados. La asociación puede perfeccionarse mediante el carisma de los *Ejercicios Espirituales*, como nuestro vínculo y nuestra comunión de corazones. Los *Ejercicios Espirituales* pueden ser gotas de agua que penetran en la roca de nuestro corazón, nuestra agua en un tiempo de sequía espiritual, un amigo que puede iluminar el camino cuando encontramos nuestra alma en una tierra desconocida. No importa cuán lentamente avancemos, con tal que no cejemos en la comprensión, en el respeto y en el aprecio del papel diferente que tiene cada uno de nosotros. La asociación no significa sólo compartir la responsabilidad, la autoridad y la espiritualidad de los jesuitas. Consiste también en nuestra tarea, a lo largo de toda la vida, de formación espiritual mutua, de colaboración en la preparación de los futuros líderes ignacianos, de súplica en común por las vocaciones sacerdotales, de crecimiento en la vocación personal a un amor más profundo por Cristo, y de cumplimiento de su voluntad.

VIAJE A LA ASOCIACION

La triple participación es, tal vez, uno de los mejores modos de administrar nuestras escuelas jesuitas ignacianas. Nuestra fuerza espiritual debe ser mayor o, por lo menos, igual a nuestra visión.